

Cinco Años

Eduardo

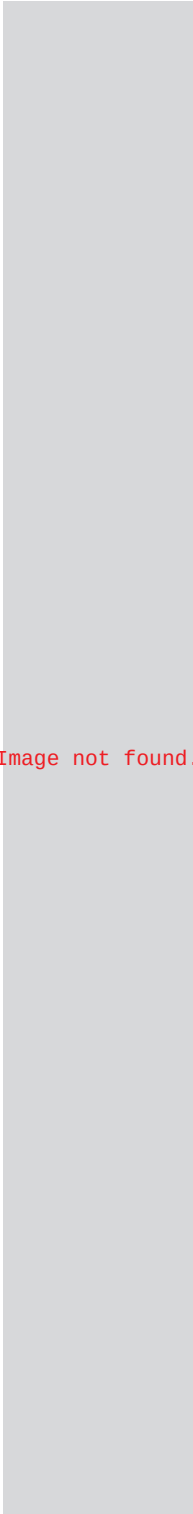


Image not found.

Capítulo 1

15/08/19

Si me buscas te diré que llegas tarde. Si me esperas, resultará que no llego yo. Hace tiempo que me marché, y tengo razones para ser reacio a dar mis señas, y otras tantas por las que no regresar; aunque por sólo una volvería. No creas que mi despedida fue un mudo silencio, tienes esta nota, y una carta esperándote a la vuelta; así, piensa que algo de mí lo hizo.

15/08/24

Querida,

No recuerdo si fue ayer cuando pensé en ti. No me malinterpretes, siempre pienso en ti. Sin embargo, creo que fue ayer cuando me pregunté por ti por última vez; no temas no será la última. Ya han transcurrido cinco años ¿te das cuenta de lo rápido que ha corrido el tiempo hasta hoy? Yo no, aunque mi pregunta lo insinúe; siempre me sorprende la fugacidad del tiempo, se escapa entre los dedos, también tú lo notas; los días son un parpadear.

Vi que cogiste ese tren, fue la última vez que te vi. Yo estaba allí por casualidad, no esperaba verte; tú a mí tampoco, no lo hiciste, casi no pudiste; el sonido del tren llamó mi atención; fue solo un segundo, pero sé que era tu cabello el que el viento, empujado por el tren, mecía. Imagino dónde ibas. Sé que no me engañabas, no es eso.

Continué con mi día. Terminé mi trabajo y luego regresé en coche a casa. Antes de volver dejé verme de nuevo en la estación, pero no quiso la casualidad que volviéramos a encontrarnos; si lo piensas por muy poco no, porque tú saliste solo un par de minutos antes que yo del andén; me lo comentó Carla. De todas formas no sé para qué nos hubiéramos encontrado, tú viniste en tu coche y yo en el mío, el camino hubiera sido separados.

Después de hablar con Carla regresé al piso, sin embargo no habías regresado aún, me extrañé entonces; no lo habías pisado en todo el día; no devolvías mis llamadas. Yo quería no tener que preocuparme por ti, pero ofrecías resistencia. No sé dónde fuiste. Ahora sé que no regresarás. Esto que escribo, para mí ya lo has leído. Sólo tengo que seguir esperando una respuesta que tarda en llegar.

Voy a explicarte el por qué sé que no te has ido con otro. O por qué sé que estás bien. Lo he notado créeme. Ya sé que no fue por mí, yo era lo único que impedía tu marcha. No obstante, he sentido una distancia entre

los dos —déjame que te diga que no por mi culpa—, algo más personal; como una asignatura pendiente. Vamos a allá.

Nos conocimos en la universidad, en la misma escuela, pero no en la misma ingeniería. Sabes de sobra el cómo, pero creo que tiene algo que ver. Tú provenías de una familia media trabajadora, yo de una familia más que acomodada. La convención organizada por la Universidad nos unió en un discurso compartido —a ti te escogieron por ser el más excelente expediente de secundaria gracias a la ayuda de becas, a mí por la mejor media del primer año de carrera— del cual no me siento muy orgulloso en la redacción, pero que pienso tú bordaste. Aquel día no podíamos menos que apartar la mirada el uno del otro. Recuerdo, mientras tú leías tu parte del discurso que me miraste solo un segundo: apartaste la mirada de tu legajo, escrito con tu preciosa letra, y me sonreíste, fue imperceptible, pero mis ojos no podían apartarse de ti. ¿Qué querías?

En la comida, después del acto, quiso la misma casualidad, que ahora nos desune, que nos sentarán al lado del otro. Mejor hubiera sido enfrente de ti, pienso a veces, y otras dudo: de la manera en que ocurrió podía rozar tu mano al ir a sujetar mi copa, o rozar tu pie cuando me acomodaba en el asiento. No fue incómodo, los dos lo sabemos; quizá un poco por el desconocido apretado contra mi izquierda y tu derecha.

Raro en mí, no era tarde, pero aún le sobraban para prestarnos varias horas a la noche, te invité a una copa en el Ruritania. No te entusiasmó la idea, el local no era de tu agrado, preferiste en el Dumas; eras decidida, aquello me gustó.

Una vez allí, ahora el uno enfrente del otro, la conversación fluía. No recuerdo bien cada tema. Si lo comencé yo, seguramente sería algún tema desquiciado, disparatado y sin mucha relevancia; en cambio, si tú, la conversación convergería hacia un punto de vista difícil de ver, aunque tu convicción era contagiosa, requería de una atención que a tan altas horas de la noche, con tanto alcohol corriendo por las venas, resultaba simpática y a la vez espinosa. Lo que sí recuerdo es tu ingenua sonrisa; tu indomable flequillo sobre la frente; aquella piel, aún morena, y tan tersa, gracias al mes de agosto transcurrido; tus manos, finas, delicadas y ágiles, desplazándose como el vuelo de una mosca, de un lado para otro, casi haciéndome perder la concentración. Aquel día lo dejaste bien claro, querida, pero, perdona que pensara que eran las nuestras palabras de la post adolescencia.

Te diré algo, pudiste decir que te ibas, jamás te lo hubiera reprochado. El día antes de tu partida, ni siquiera dejaste una nota, como tuve yo la decencia de hacer. Ese día, nada en ti me dijo que mañana partirías; sí estuviste algo ausente durante la tarde, créeme que te vi, pero aquella semana el trabajo no me dejó tiempo para descansar... Hay algo a lo que doy vueltas, ¿te fuiste sin más, o llevabas tiempo planeándolo? Sé que no

tiene importancia, y siendo como eres, pienso, pienso que te largaste sin más. Así era tu espíritu: aventurera.

No te he buscado. También sé que piensas que sí, pero no lo he hecho. Sabes que pienso demasiado, perdona si te canso, pero, pensé que si teníamos que encontrarnos de nuevo, o tú me encontrarías a mí, o la casualidad que nos unió una vez volvería a actuar a nuestro favor. De verdad que lo pensé a sí. No quería creerte. Y ha transcurrido mucho tiempo ya, cinco años; no es poco, ya sabes, son un parpadeo, pero, como tú sabías ya: hace un par de años empecé a creer que no dependía de ti vernos juntos otra vez; hace uno empecé a creer que no dependía de la casualidad; hoy sé que no nos volveremos a ver

Parece presuntuoso que yo te diga a ti lo que no va a ocurrir, siendo tú la arraigada al destino fijo. No es presuntuoso el término. No importa. Creo me entiendas.

No obstante, así era tu vida: si algo ocurre es porque así debe ocurrir, y en el fondo sabes que no llevas razón, porque tú has cambiado nuestro destino. Siempre hablabas de fuerzas exteriores, como si de una fuerza centrífuga o de rozamiento de nuestros problemas de física se tratara, que actúan sobre nosotros, dirigiéndonos a cada instante, pero nada de esto nos ha separado al final; si no tú

Entonces, y corrígeme si me equivoco, te has marchado a vivir la otra vida que pudiste tener. Porque, a ver si lo he entendido bien al fin. Según decías, cada uno de nosotros vive, y sobre esa vida actúan fuerzas cercanas que nos dirigen. Éstas pueden tratarse de los padres, los profesores, un ladrón, un taxista, ellos, y nosotros sobre ellos, tenemos en nuestra mano la razón de nuestro destino. Pero en cambio, cada uno de nosotros puede obviarlas, o más bien, sobreponerse a ellas, de modo que, alejándose de éstas, optemos a vivir nuestra otra vida, que como la primera, también está prefijada, y sobre la que actúan otras fuerzas distintas y en equilibrio. Sobre esta vida, pues, no caben las fuerzas de la otra, es como un problema de física, sobre uno ya no se entienden en otro, porque ya no estaría en equilibrio, habrían más de las que deben. Y *preferible* —recuerdo literalmente cada una de estas palabras— *es vivir la vida que uno puede elegir, aunque traiga consigo un corto caminar, a vivir la vida de rey que nos toca.* —Habiendo tenido tú una vida de pobre. A pesar de todo lo entiendo, de este modo uno puede arriesgar para vivir una mejor que la que tiene—. Siendo este el motivo de tu partida, puedo entenderlo de alguien que no estuviese cómodo con la vida que le ha tocado. ¿Pero tú? ¿A caso no era feliz conmigo? Sé que sí lo eras. ¿Y si al cambiar de vida has salido perdiendo? ¿Vale la pena arriesgarse?

Estas preguntas quedan formuladas en mi cabeza. En el caso que fuera cierto lo que dices, hay duda que... ¿Podemos regresar a la vida que dejamos?, a la primera de todas. Suponiendo que somos fuerzas,

podríamos intercambiarlos por otras, ¿no es cierto? Imagino tú respuesta: sí, pero sería complicado, es difícil encontrar fuerzas entre una vida y otra que valgan lo mismo para ser sustituidas y el sistema continúe en equilibrio.

Pero tú y yo éramos uno, en cambio ya no sé quién soy yo; y no sé si tienes respuestas para ti; espero que las encuentres. Sin embargo, cambiaste tu estampa, es decir, tu familia era una pobre, en cambio, de tu esfuerzo y el suyo, lograste alcanzar la carrera que soñabas... Tú la elegiste... O no fue así..., o sientes que no fue así. Sé que encuentras romántica la idea del abandono material y partir sin nada para encontrar una vida que no sabes si existirá, pero siendo todo como dices, ¿acaso no me has obligado a mí a ir hacia mi otra vida? Ya nada de esto importa, no te sientas mal por ello.

Si has vuelto, ¿te preguntarás por qué me fui yo? Te lo digo igualmente: me fui porque, el pensamiento que me produce estar viviendo esa otra vida mía, es lo único que me queda de ti, lo único que me acerca a ti; sabiendo que jamás volverás hacia a mí.

Cinco años son un parpadeo, pero me han dado margen de tiempo para darme cuenta de que en esta otra vida mía, yo, salgo perdiendo. Espero que tú no.

Me despido como siempre lo hice para ti, sin firmar. Porque si no me recuerdas, ¿será que has encontrado tu otra vida?; ¿o acaso no lo escribo porque te habré olvidado yo?